

CRISTÓBAL MATAIX

Administrador

REDACCIÓN—ADMINISTRACIÓN

CERVANTES, 19.—SAN AGUSTÍN,

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	1 mes	6 meses	1 año
Provincias.....	6	30	60
Extranj.....	7,50	35	65
Extranj.....	10	40	80
Extranj.....	15	60	100

TELÉFONO NÚM. 2271

FICCIONES Y REALIDADES

El fracaso evidente
de los Centros consultivos

¿Por qué no disolverlos?

Las dimisiones habidas en la Junta de Subsistencias, y que en realidad sancionan el fallo público respecto a la utilidad y acierto de ese organismo, plantean de nuevo y de manera definitiva la añeja cuestión de la eficacia de los Centros y entidades consultivas. Porque a más de ese caso, realmente previsto desde que se creó el número y heterogeneidad de los elementos componentes de la Junta, hay otros ejemplos muy recientes. Días atrás, con la dimisión del Sr. Sánchez de Toca, patentizábase la absoluta ineficacia de la Liga Africana, organismo que al nacer produjo vivas esperanzas y que luego derivó a convertirse en pequeño Congreso bizantino. Antes, y también de modo ruidoso, caía deshecha otra entidad de consulta y consejo: la Junta de Iniciativas. Y si no se sabe de nuevos y resonantes desplomes de esta índole, débese, no a la bondad de los Centros y entidades supervivientes, sino a que ellos se desenvuelven casi en secreto ó a que actúan sobre materias poco relacionadas con el interés general. Con todo, y sin miedo a incurrir en injusticia, puede afirmarse en términos generales que vegetan de espaldas a la opinión y considerados sólo como fábricas de honores administrativos ó como fuentes de substanciosas dietas. No será llegada la hora de plantear en serio el tema de la disolución de las tan inútiles entidades?

Nadie creerá que se perdería en lo más mínimo al disolver la Junta de Subsistencias, y esto, que dimana de alcanzarse a todos la ineficacia de su labor, puede repetirse en orden a cualquiera de los infinitos Centros creados al margen de los infinitos ramos de la Administración pública, si el convencimiento es menos general. Véase a que la materia propia de cada uno de ellos no reviste el carácter de generalidad que tiene la cuestión de las subsistencias. Y no es porque en sí mismas resulten malas semejantes instituciones. ¿Cómo negar, por ejemplo, que aquella célebre Junta de Iniciativas ó esta de Subsistencias y algunas más de las que componen nuestra intrincada maleta administrativa respondían en su origen a necesidades ciertas y a orientaciones plausibles? Siempre, siempre, al surgir a la vida oficial un organismo de esos, la gente se dijo: «Es verdad; hacía falta.» Mas pronto sobrevino la desilusión. Para ello no hubo ni que aguardar los primeros actos, que, efectivamente, denotaron la inevitabilidad del desastre; bastó ver cómo se proveían los cargos del nuevo Centro.

Sea por carencia de personas aptas ó, lo que es más verdadero, por desconocimiento de las que existen fuera del horizonte oficial; sea porque todo lo que engendra nuestra política se hace con vistas a la política, lo cierto es que al crear una institución cualquiera el ministro respectivo produce una tragedia al modo de las de Spencer: el asesinato de una deducción por un hecho; el buen propósito inicial queda reducido en la práctica a instalarse confortablemente a una unidad seguida de ceros, ó en el caso más favorable, a una persona entendida en aquello, a unos cuantos aficionados y a otros varios señores que no son ni entendidos ni aficionados, pero que resultan muy decorativos, muy representativos y que a primera vista dan la sensación de gente importante. He ahí el mal de que mueren todos los Consejos, Juntas superiores, etc., etc. He ahí por qué fracasan todos los que se desenvuelven en plena luz y relacionándose con intereses generales. Porque el Estado, que exige a la mayoría de sus servidores de pequeña categoría demostraciones de aptitud, luego, para la cumbre de esa organización busca no más gente apta, representativa, aunque sepa menos de aquello que un infeliz temporero. Y por si esto fuera poco, suple la falta de calidad con derroches en la cantidad, y donde sobraría con tres ó cuatro personas pone quince ó veinte, para que no se entiendan nunca y puedan jugar a los parlamentarios. ¿Quién podría citar de memoria unos cuantos organismos consultivos de tal índole? ¿Quién hallaría dificultad en aducir un puñado de nombres que figuran porque sí en seis, siete ó ocho Centros especiales cuando la labor de uno de ellos podría bastarle a llenar cumplidamente las horas de trabajo diarias?

Ahí, en ese defecto de organización, que llega a tantas otras cosas, radica el secreto a voces de que la acción individual valga más que la oficial y el de que el pueblo progrese a ojos vistas, mientras las capas políticas, de donde salen los organismos directores, se muevan con innegable rezago. Es que abajo y en la clase media la especialización se impone cada vez con más fuerza, en tanto que arriba todos siguen sirviendo para todo. El principio del *the right man in the right place* se aplica en los negocios, en las ciencias, en las artes, menos en la política y en todo lo relacionado con ella. ¿Cómo no han de fracasar los organismos consultivos—cuyo personal se recluta en su mayoría sin buscar realidades de aptitud—siempre que actúan con alguna publicidad que permita ejercer el control de sus actos y determinar sus aciertos y desaciertos?

Poténenlos a embarrar a su soberanía con las ciudades de cartón pintado que encubren la soledad de las estepas; nuestra fachada oficial embalsa a los que de lejos la contemplan; pero a la hora de los hechos, los solenes Consejos, Juntas superiores, etc., etc., dejan ver que allí no hay casi más que cartón pintado, apariciones. Y se hundien, como la Junta de Subsistencias, ó viven ignorados, fuera de la existencia activa nacional, sin que baste a librarlos del justo olvido

la periódica publicación de notas oficiales, por las cuales se ve, de verse algo, que no responden a fin práctico ninguno y que no hacen sino perder el tiempo y hacerlo perder.

Ya que tanto se habla de acoplamientos y reformas en los servicios, de simplificar la máquina administrativa suprimiendo rodajes inútiles, debiera aprovecharse la lección que ahora da la mencionada Junta, y que es la misma—todos los ministros la saben—que las que se derivan de la acción de multitud de Centros de consulta y consejo. Si se los suprimiera de un plumazo, nada perdería la Administración pública, nada la buena marcha los negocios del Estado. Antes bien, libre aquélla y éstos de una rémora formulista—que a las veces no tiene más razón de ser que el deseo de rehuir responsabilidades—todo se desenvolvería de manera más ágil y menos costosa, porque debe advertirse que semejantes solenes couchuchas absorben sumas cuantiosas sin otro provecho que el de resolver el problema de la vida a unos cuantos calleros y complicar el despacho y resolución de múltiples asuntos. Al fin y al cabo, y aunque no hubiese otra razón, está la suprema de que el ministro hace siempre lo que quiere, lo cual bastaría, si no hubiese otro fundamento razonable, para suprimir esas otras pompas y vanidades que al país le salen por un ojo de la cara, sin que todavía pueda decirse que le hayan servido para maldita de Dios la cosa.

PALABRAS DE UN MUNDANO

Barcelona tiene un Palacio de la Música, obra arquitectónica notable, donde el benemérito Orfeo Catalán tiene su domicilio social. En Madrid hay agrupaciones musicales y artísticas de gran importancia, sin contar el Círculo de Bellas Artes, que a bien poca costa podría ser transformado—un poco de las iniciativas y los elementos dispuestos que hoy recorren órbitas distintas. Pero con todo eso, Madrid no tiene un Palacio de la Música, y sus brillantes orquestas andan continuamente de Heróles a Píritos, utilizando locales que no siempre reúnen las condiciones exigibles.

Un vecino, gran aficionado a la música, D. Ángel María Castell, propuso al tema hace unos días en el Círculo de Bellas Artes que en Madrid se dan cien conciertos anuales, calculando bastante exacto. Los gastos del arriendo del local para cada uno de ellos no bajan de 500 pesetas, que en conjunto hacen 50.000. Esta suma, capitalizada a 4 por 100, representa 1.250.000 pesetas, cantidad inferior a la que se necesita para adquirir el Palacio de la Música, para la compra de un terreno en un sitio céntrico y construir las obras con la garantía del ingreso en pocos, requintados años. Obras de esta clase, con menos seguridad en el pago, se realizan en Madrid todos los días, ó todos los meses, ó todos los años. Lo importante es fijar las bases de esta Empresa, que es perfectamente realizable.

Nuestros conciertos, con el distinguido compañero de la C. B. A., que Madrid debe poseer un Palacio de la música. Las bondades que en este pueblo, tan mal administrado y tan descaudado, demandan ya una mayor atención sobre el asunto. El Círculo de Bellas Artes puede y debe tomar la iniciativa, bien convocando a una reunión de todos los elementos interesados en la realización de la idea, bien estudiando el mismo la forma mejor de llevarla a la práctica.

El Círculo de Bellas Artes no tiene local propio. Otras Sociedades similares poseen ya soberbios palacios. ¿No se podría intentar la construcción del mejor y más suntuoso edificio, destinado a cultivar todos los fines que se comprenden bajo la denominación de bellas artes? ¿No hallaría esto un pensamiento un poco simpático en todo Madrid? ¿Y cómo podría permanecer indiferente la protección oficial que los Gobiernos deben a la capital de la nación, tan necesitada de obras y de monumentos que la embellezcan?—M. Y.

JESAS VENTANILLAS

TRES POBRES NIÑOS
CAEN DEL TREN A LA VÍA FERREAAUN CUANDO LAS HERIDAS SON NUMEROSAS,
NO REVISTEN NINGUNA GRAVEDAD

Logroño (7 de marzo). Telegrafían de Magaz (Palencia) diciendo que en las proximidades de aquel pueblo ha ocurrido un lamentable suceso del que fueron víctimas tres niños de corta edad.

Viajaba en el tres mixto de Madrid a Irún un matrimonio con tres niños, y, sin duda, por ir mal cerrada una de las portezuelas, ésta se abrió, cayendo los tres pequeños, a la vía. Rodaron por un terraplén de más de cinco metros, siendo rescatados por los obreros de la brigada que trabajaban en el kilómetro 205, en que ocurrió el suceso, y por algunos viajeros del coche de Baltanás.

Los pequeños fueron conducidos a Magaz, y curados por el médico titular, Sr. Cuesta. Ninguno de ellos está grave, a pesar de las muchas lesiones y contusiones que presentan todos ellos.

Los padres de los lesionados se aparearon en Magaz, donde la madre, que sufre frecuente ataques a consecuencia de la tremenda impresión, es solícitamente atendida.

El padre, que presenció la cura de los niños, se halla consternado.

Cuando ocurrió el accidente, el matrimonio iba durmiendo.—Bernabé.

LA JUNTA DE SUBSISTENCIAS

UNA CARTA DE PARAÍSO

Sr. D. Santiago Mataix.

Mi distinguido y querido amigo: Hoy que se ha publicado ó hecho pública la situación en que me hallaba desde el 27 del pasado Marzo, y por si personalmente no pudiera darle las gracias, me anticipo con estas líneas, testimonio de mi reconocimiento por la espontánea y noble actitud que se sirvió usted tomar al juzgar en su periódico mi modesta colaboración en la Junta y Comité de Subsistencias.

Verá usted, por el texto de la dimisión, que, muerta la Junta por la forma en que fue juzgada su labor, por poco sensible que fuera uno, no podía delicadamente sentirse con autoridad para actuar un minuto oficialmente.

Gracias, pues, repito y quedo muy siempre amigo afectuoso y reconocido seguro servidor. Q. S. M. B. Paraiso.

Abril, 5.

EN EL CIRCO DE PRICE
WILLIAM PARISH INAUGURA LA 42.ª TEMPORADALO QUE OPINA UN CERDO INTELIGENTE
SOBRE EL PROBLEMA DE LAS SUBSISTENCIAS

UN PROLOGUO A GUISA

DE VERMOUTH

Como la actualidad andará esta noche dando saltos mortales, ya me tines aquí, lector, haciendo piruetas periodísticas para contarte lo que va a pasar esta noche en el Circo de Price y los artistas de todos sexos, géneros, especies y familias que se te van a presentar con la ofrenda de su trabajo.

La diosa Mnemosina me valga, no ya para que me traiga a la memoria lo que es tengo contenido en estas anteriores y huir de ello como logro por el caso del alcalde, sino para recordar lo que hemos visto y oído en la torre de Babel; que eso y lo otra cosa, por lo que a la confusión de las lenguas se refiere, es el Circo de Price.

Cuando penetramos en el precioso edificio de la plaza del Rey, todo es al bullicio por los últimos preparativos para la inauguración. Los acomodadores van pegando los números a las clásicas sillas de rejilla. William Parish, con su eterna chistera y su invariable bufanda blanca, va lentamente de un lado a otro, inspeccionando los últimos detalles. Su hijo, el simpático Leonard, no para un momento, acosado por las preguntas de artistas, de empleados, de conocidos, del público que acude a las taquillas.

En la pista hay dos artistas ensayando. Son jugadores de fútbol en bicicleta.

—Amigo Parish—decimos al veterano—, ¿quienes son éstos?

—Los René y Carts, ingleses. Fútbol en bicicleta y aéreo.

—¿A qué se refieren?

—Sí, señor.

Miss René, bella y bien formada, vistiendo una blusa de seda cruda y un pantalón de seda negra, hace evoluciones en su bicicleta. De cuando en cuando interrumpe su ensayo, dejando las máquinas en el suelo, y se sientan en el almohadillado de la pista.

Otros varios artistas, todos serios y graves, que no es la de circo gente alegre y bullanguera, pululan por allí. Sus rostros y sus trajes no permiten confundirlos.

Al fin queda un momento libre el amigo Parish y le abordamos para nuestra información.

DE PARIS A PERPIÑAN

Y CASI REGRESO

Como el Sr. William no había muy bien el castellano, su hijo Leonard nos sirve de intérprete.

—¿Cómo se las ha arreglado usted, amigo Leonard, para conseguir artistas?

—Pasando las del *berli*—dice castizamente—, si no es porque tengo mucha amistad con el vicéconsul inglés en Toulouse, a estas horas estaría en Francia. Desde París bajé a Perpiñan para ver un número, pero no me fue. No me contrataban sólo por referencias, para que no le colgaran a un gato por liebre, y cuando quise pasar a España me lo impidió el prefecto de Policía, exigiéndome que volviese a París. ¿Qué voy a hacer yo ahora en París?—le preguntaba.

—¿Pasar? Por fin conseguí que me dejara marchar a Toulouse, y de allí vine a España, llegando a Madrid en el tranvía, pues no quise tomar el tren.

De artistas he contratado lo que he encontrado, que no es mucho, pues las dificultades aumentan por momentos. He procurado reunir un conjunto agradable y bueno. Los artistas alemanes no pueden venir; los ingleses, italianos y franceses están casi todos en campaña, pues los tiriteros han de ser gente joven; los americanos no se atreven a pasar el charco por miedo a los submarinos. De modo que he tenido que echar mano de acróbatas, saltadores, parodistas y alguna otra cosa.

—Venga la lista de todo.

—Nos iremos a mi despacho y allí hablaremos sin que nos molesten.

—Vamos.

En aquel momento entró un compañero, el periodista Sr. Abello, y los tres nos fuimos al despacho.

LO PRINCIPAL DE TROUPE

—¿Cuál es el número de más fuerza?—pregunta el Sr. Abello.

—El número de más fuerza?—dice sonriendo pícaramente el Sr. Leonard—, ¿Pues... un atleta.

—¿Qué número tiene usted contratado?

—Ante todo le diré que mañana sábado, se inaugura también la temporada en Lisboa, y si dificultades hay para traer aquí los artistas, mucho mayores son las de allá. Y luego con la mala pasada que me hizo el año anterior un bello.

—¿Qué dice usted?

—Pues que pedí permiso para traerlo, con la obligación de volverlo a filas al terminar su contrato, y el hombre dijo que no. De modo que me cortó el camino de pedir permisos a los embajadores respectivos.

—Vámonos con la lista.

—Apuntemos ustedes Rico y Alex, clowns, ingleses el uno y de Italia el otro.

—Y como llamándose Rico?

—No se llama Rico, sino Ricardo, como el otro. Pero todos los artistas de circo se acortan los nombres.

—Se iba a ver negro para el acorte un amigo que se apellida Arrizabalaga. También Navarrorevolver.

—Además he contratado otra pareja de un italiano y un holandés. Se llaman Pippo y Seiffert. El clown Pippo, italiano, y el señor Cluckichart, malagueño, de agosto de soler, para toda la noche.

—El otro de la parte sería—dice cómicamente el Sr. Abello.

—Los cuatro Richardinis, holandeses; gimnastas, acróbatas y de fuerza.

—Ya está aquí el número de fuerza.

—Ella es quien lleva el... ¿cómo se dice?... el trabajo del trabajo.

—El peso del trabajo?

—Eso es. Los Wernoff, tres señoras y dos hombres, acróbatas y saltadores.

—¿Ricos?

—No, españoles. Los Fernand, hombre y mujer, acróbatas, saltadores y juegos olímpicos.

—Otro.

—Mademoiselle Meryska y sus perros miniaturistas y transmisión del pensamiento.

—¿Cuántos perros?

—Tres.

—Quince céntimos justos, porque si son miniaturistas, se tratará de perros chicos.

—El trío Gómez, fletos. Llegaron anoche de América del Norte, donde al verles con el traje típico les llamaban los aldeanos es-

pañoles. Se los disputaban el Traioun y Remea, pero me los he traído yo.

—¿Cantan y bailan?

—Una entrada de castañuelas muy buena, baile y a casita.

—¿Que llueve?

—La troupe china See-hee. Son cinco chicos que hacen de todo, con unos aparatos y una presentación que valen 3000 pesetas.

—Y qué hacen?—preguntó el Sr. Abello.

—Ya digo que de todo. Una ensalada.

—¿Lástima que haciendo ensalada, no sean rusos.

—Les Reiné y Corra.

—¿Los del foot-ball aéreo?

—Los mismicos.

—Los Wernad, excéntricos parodistas y caídas estilo Charlot.

—Definitivo. Charlot es el amo del mundo.

—Y de dónde son?

—Un belga y un francés. Los Elrados Oñ, bisabuelos, una mujer y dos hombres, saltadores. Y Baby y Nuessem, excéntricos y acróbatas sobre balanza.

—¿Gente de peso.

—El chiste cayó en hueco, ni Parish ni Abello se dieron cuenta de él.

UN GALLO QUE ENMUDECIÓ DURANTE LA REVOLUCIÓN PORTUGUESA

En aquel momento entra en el cuarto el clown Rico, que habla bastante bien el castellano.

—Me permite usted que le haga unas preguntas?

—Con mucho gusto—dice amable, pero con una seriedad aterradora.

—¿Hace mucho tiempo que es usted artista?

—Treinta é cinco años. Tengo cuarenta.

—¿A los cinco años trabajaba usted ya?

—Sí, señor. Yo soy de una familia de artistas. He sido ecuestre, saltador. Eramos seis hermanos; los hermanos Brifatores.

—¿Ahí lo recuerdo. Ya no quedamos más que tres. Mi hermano que trabaja conmigo, y otro que está en Barcelona.

—¿También tenía usted una hermana?

—Sí, señor; pero desde que se casó con el célebre clown Torino, se retiró del trabajo. Vive en Torino. El trabajo nuestro es muy difícil, no puede explicarse, porque todo lo que hacemos se nos copia por otras parejas de clowns, para reventarle a uno el número preparado. Y como no se puedeagar patentes.

—¿Claro.

—Yo soy creador de los trajes eléctricos, que ahora, por cierto, me he hecho uno en Sevilla, que me ha costado 600 pesetas, y de otros trucos, pero todo lo copian y hay que ser artista para improvisar. Yo tengo siempre recurso.

—¿No ha salido usted de España desde el año anterior?

—No; hemos hecho Tuleva, Córdoba y Sevilla, donde hemos estado tres meses trabajando.

—¿No tiene usted animales?

—Teníamos seis caballos muy hermosos; pero ahora no quiero animales. El último que tuve fue un gallo. ¿Qué animal tan inteligente iba detrás de mí como un perro, cantaba cuando se lo decía. Hace siete años que se murió. ¿Pobre animal!

—¿Y de qué murió?

—De miedo. En Lisboa, el día que estalló la revolución que dió el puesto a la República. El estruendo del cañón y de la fusilería eran ensordecedores.

—¿Como le alcanzó al gallo alguna bala ó un caso de metralla, por lo cual cantó la gallina.

—No, señor; enmudeció. «Canta, canta», le decía, y nada. «Pobrecito, canta», y seguía en silencio.

—Y usted pensaba: «Este gallo, que no canta, algo tiene en la garganta».

—Me convenía que había sido el susto que le dió el tren.

—¿Ya no volvió a decir este picho es mío?

—No, señor. A poco se murió. Prometí no volver a tener animales, porque le toma uno cariño y...

El día de la revolución en Portugal será de eterno y doloroso recuerdo para dos personas: el ex Rey Don Manuel, que perdió su trono, y el famoso clown Rico, que no volvió a cantar a su gallo.

El artista abandonó el despacho.

MR. LEONARD QUIERO SER CLOWN

—¿Usted es madrileño, verdad?—preguntamos a Leonard.

—No, señor. Soy inglés; pero a los tres años me trajeron aquí, y aquí tengo fija mi residencia, aunque salgo mucho por el extranjero.

—Su padre ¿usted, era director de compañía cuando vino a España?

—No, señor. Era artista ecuestre, y vino contratado por el que después fui mi abuelo, el célebre Tomás Price. Por eso, cuando mi padre hizo este circo, le puso, en su memoria, el nombre de mi abuelo. Luego hemos querido cambiarle el título y no hemos podido.

—¿Usted no ha trabajado nunca como artista de circo?

—Verá usted. Yo he tenido y tengo mucha afición. Hubiera querido ser clown; pero mi padre se empeñó en que fuera abogado é ingeniero, y a mí no me entraban los libros ni los números.

—Y no ha salido usted nunca a la pista a trabajar?

—Hace ya muchos años hice algunas salidas a espaldas de mi padre.

—¿Cuántas veces?

—Unos artistas habían quedado en deuda con mi padre, el cual les embargó unos caballos que llevaban, y se convino en que yo me marchara con ellos para irles cobrando poco a poco. Estuvimos en Vitoria y en otros puntos y fuimos a Bilbao. El negocio iba de mal en peor, y los artistas ya no tenían casi qué comer. Para salvarlos se me ocurrió dar una función en la Plaza de Toros de Portugalete, tirando unos anuncios que decían: «El capitán Hissap Dranoel subirá en globo.» La taquilla se comenó a llenar, pero lo grave era que yo no había hecho nunca ninguna ascensión, ni... fenia globo.

—¿Y qué hizo usted?

—Me fui a ver al alcalde y logré convencerte de que debía prohibir el espectáculo, porque el aire me arrastraría al mar. Así salvé la situación de aquellos artistas, y alguno le agradeció tanto, que haciendo de eso más de veinte años, aún recibo todas las Pascuas una felicitación de José Ayala.

—Pero en eso no trabajó usted más que para convencer al alcalde de que debía decretar la prohibición.

—Es verdad. También aquí acostumbraba a irme a la galería, y cuando los clowns pedían un *troupe*, me lanzaba por una cuerda a la pista. El último día que lo hice no llevaba guantes y me quemé las dos manos. Lo más gracioso fue lo de la Dama Blanca.

—¿Qué fue ello?

—Estaba aquí contratado. La pista se llenaba de agua y ella se colocaba en un isote del centro. Nadie quería servirle de acompañante en el número, porque se creía que iba a ser un fracaso. Yo me presté sin que mi padre lo supiera, y para no ser condescendiente de él me tizné de negro toda la cara. «Así no me conoces», pensaba yo. Pero cuando salté del agua me había quedado blanco, y mi padre, que me había conocido, me agarró en la puerta de atrás y me dió dos patadas.

UN CERDO BERRENDO EN CARDENO

Se había ido echando la tarde encima. Salimos del despacho y nos fuimos a las habitaciones de los patios. A nuestra espalda sonó una frase extraña. Volví la cara.

—Es el cerdo amateado del clown Pepino. Ver un cerdo en estos tiempos en que se ceden los carricoches, y suben el precio los patricios y nos explotan los pescadores, no es una cosa corriente. El animalito, lustroso y ajamorado, con las orejas gachas y el hocico respingado, miróme con sus ojuelos inteligentes. Por un movimiento instintivo, quizá por costumbre, me llevé respetuosamente la mano al sombrero.

—¿Chitras usted—me dijo una voz bronca.

—Pepo, ¿habla este cerdo?

—Es inteligentísimo—dijo Leonard.

—¿Quiere usted, señor cerdo, que hablémos un rato?

—Como usted guste.

—A mí me gustaría mucho más sus chitras. Pero, adelante. ¿Ha visto usted cómo se ven las cosas?

—Horribles. Nuestro valor se eleva por días. ¿Ve usted esta pata? Pues es un jamón.

—¿Claro!

—Es que quizá sea este el último jamón que vea usted en su vida.

—Pepo, ¿y una mano, un lacón, siquiera?

—Nada. ¿Eso que me han dicho en el tren que aquí tienen ustedes un alcalde que nos tira a degüello. Hoy no querían matar los carniceros, y él mandó que mataran. Debe ser un hombre terrible.

de Roma. Sus predicaciones de paz y de consuelo daban aliento a los infelices vasallos de los despotas, víctimas de una administración impudica. Los siervos de derecho juzgaban emancipados con las nuevas doctrinas religiosas, y los siervos de hecho, es decir, los que eran objeto de explotaciones ilegales por conducto del fisco, ambicionaban un cambio político y económico que repartiese con equidad los impuestos, y los hombres buenos dirigían sus ojos a la imagen sublime de Jesús, porque creían hallar en ella el remedio salvador para curar las enfermedades sociales y la podredumbre del espíritu, que corrían el cuerpo y el alma de las provincias romanas.

La idolatría empujó todos los placeres, por innuendos que fuesen; acabó con el honor e hizo insensible a la conciencia; escarceló a la virtud, demeritándola y prostituyéndola; elevó templos a la crueldad oficial, divinizando a sus emperadores, monstruos algunos de perversión y envidia de los tigres en sus actos sanguinarios; rodeó a los poderosos, sólo por serlo, de grandes prestigios y consideraciones; destruyó las libertades individuales y colectivas, y redujo a la esclavitud a miles de ciudadanos, tratados como bestias de carga, porque las leyes del convencionalismo positivista que allí predominaba negaban la inteligencia para conocer, el corazón para sentir y la voluntad para ejecutar sus deseos, dentro de una moral recta y firme.

El Evangelio, explicado por los sacerdotes de Cristo a aquellas gentes sedientas de justicia, tenía que hacer una revolución en las numerosas clases desvalidas, y no debíamos extrañar que recibieran éstas con los brazos abiertos las máximas del Calvario, pues significaban el triunfo de la luz sobre las tinieblas, del amor fraternal y la caridad, sobre el egoísmo y la opresión; de la santidad del hogar, representada en el matrimonio, sobre el adulterio, el concubinato y el libertinaje, que rompían los vínculos familiares, y de la democracia, nacida en Jerusalén, que sostenía la igualdad ante el Dios único y verdadero, juez supremo en todas las causas, sobre la aristocracia pagana que proclamaba el privilegio de castas en la tierra, y no llegó a comprender nunca las responsabilidades eternas en presencia de los infalibles e inapelables fallos divinos.

El politeísmo salvaje, igual que el de Egipto, Grecia y Roma, cuyos programas religiosos han sido patrimonio de la antigüedad, exceptuando a los monoteístas hebreos, profesaron un respeto profundo a la muerte. Perseguidos, robados y asesinados, cuando el pueblo de Dios sufría en la época moderna, aunque más suaves hoy por las ventajas de la civilización, y continuaban sufriendo por la influencia bienhechora del progreso, pues yo me permito afirmar que cada día somos mejores y que la Humanidad, en general, dispone de elementos propios para curar sus males, si quiere remediarlos; pero entendiendo, repito, los politeístas ilustrados, para presenciar luego, llenos de júbilo, desde las tribunas y las gradas, la devoción de sus cuerpos por las fieras (muchas de las cuales demostraron, a veces, más piedad que los Césares Augustos, los sacerdotes y los patrios de ambos sexos), los discípulos del nuevo Dios de Galilea tenían la entera heroicidad de recoger las piltrafas de sus hermanos, arrojadas al spoliarium del circo, y las llevaban a las catacumbas para enterrarlas en humildes sepulchros, bajo la garantía del mero supersticioso que sus enemigos guardaban a la muerte.

En el período decadente ya de los espectáculos circenses, cuando los gladiadores dejaron de luchar entre ellos y con las bestias de África, por haberlos sustituido con los infelices nazarenos, a quienes transportaban allí en carros grotescos y en procesiones macabras, para presenciar luego, llenos de júbilo, desde las tribunas y las gradas, la devoción de sus cuerpos por las fieras (muchas de las cuales demostraron, a veces, más piedad que los Césares Augustos, los sacerdotes y los patrios de ambos sexos), los discípulos del nuevo Dios de Galilea tenían la entera heroicidad de recoger las piltrafas de sus hermanos, arrojadas al spoliarium del circo, y las llevaban a las catacumbas para enterrarlas en humildes sepulchros, bajo la garantía del mero supersticioso que sus enemigos guardaban a la muerte.

Los residuos puestos en las fosas no eran profanados, pues jamás penetraron en ellas los esbirros imperiales, por vedarlo el culto que rendían a la paz de las tumbas.

Había dos Romas antitéticas: la de arriba y la de abajo, la superior y la inferior, la materialista y la espiritualista; la grande y la pequeña; la opulenta y la pobre; la orgullosa de sus riquezas mundanas y pasajeras, condenadas a perecer, y la satisfecha con el pan del amor, de la justicia, la caridad y el envilecimiento, y la que empujaba con la pureza, la libertad, el desinterés y la fuerza que proporcionaba la fe ciega en una próxima redención.

En la Roma alumbrada por el sol meridional brillaban las artes, las letras y las ciencias; los palacios suntuosos, los jardines hermosos y los monumentos arquitectónicos de mérito extraordinario. La elegancia, la alegría, la molición, la gula, el lujo, el bienestar, el derroche y los placeres seductores de los sentidos, en un mundo sin apoyo en las fiestas públicas y privadas. Parecía la ciudad una mansión paradisíaca, según nos describen los alemanes en sus libros relativos al clasicismo.

En la Roma subterránea todo era lúgubre, triste y silencioso, con el silencio peculiar de los sepulchros. Sus habitantes, los nazarenos, carecían de Patria, de hogar, de familia en su mayoría y de protección, siendo víctimas siempre de persecuciones, denuncias y martirios. Sabían que sus carnes, desgarradas en el Coliseo, servirían para saciar los apetitos de las fieras. Alimentábanse de raíces de vegetales, de mendrugos endurecidos, de los desperdicios que encontraban y de las limosnas que recibían de algunas personas caritativas; pero, en cambio, nutrian su alma con los manjares suntuosos de las doctrinas del Gólgota.

La virtud, el bien y la justicia constituyeron la trinidad, que tarde o temprano triunfa de cuantas dificultades se oponen a su marcha, y vienen para situarse en la cumbre, que es su legítimo pedestal, a fin de amparar y consolar desde las alturas a las masas desvalidas y despreciadas por los soberbios y los exclusivos.

No se pueden castigar las ideas rectoras y los sentimientos nobilísimos. Las podas que hagan las tiranías, de cualquier género que sean éstas, darán abundante savia a su vida para crecer y fructificar. Es un axioma de antaño y de hoy.

Cuando los bárbaros del Norte escalaron con sus fútiles bélicos los muros de Roma, fueron derechos a las Catacumbas sombrías y miserables, escaparon la Cruz de Cristo y la columna por encima de los techos del pagano, haciendo polvo a sus dioses con su corte de lujos, vicios y esplendores, y concediendo la dirección de la Europa medieval, inaugurada entonces, a los Evangelios que proclamaban los hambrientos y harapientos católicos.

JOSE DE PARRÉS SOBRIANO

LA REPATRIACIÓN DE FUERZAS

Esta mañana, a las ocho y media, llegó a Madrid el primer batallón del Regimiento de Infantería de Saboya.

En la estación del Mediodía esperaban, en representación de S. M. el Rey, su ayudante, el teniente coronel Losada; en representación del ministro de la Guerra, el comandante de Ingenieros, Sr. Sánchez Ocaña; el capitán general de Madrid, el gobernador militar y Comisiones de jefes y oficiales de la guarnición.

LO QUE HACE EL GOBIERNO

EL DÍA DEL PRESIDENTE

EL GOBIERNO CONFERENCIA. DESPACHO. NO HAY CONSEJO. COR. DE, EN, POR, SIN, SOBRE LA CRISIS.

Antes de ir al despacho con el Rey, ha recibido el presidente en su casa la visita de los ministros de la Guerra, Gobernación, Gracia y Justicia y Estado.

Luego ha ido a Palacio y desde allí a la Presidencia.

Al hablar con los periodistas les ha anunciado que esta tarde tendrá una reunión con los ministros de Estado y Hacienda para tratar de cosas que están pendientes de resolución.

En esta reunión no se abordará el tema de las dimisiones de los Sres. Paraiso y Azcarate, pues para ello quiere el conde de Romanones hacer algunas gestiones preliminares.

Los periodistas le han preguntado si se celebrará pronto Consejo, pues los insistentes rumores de crisis parecen indicar que el Gobierno necesita un cambio de impresiones, apenas transcurridas las fiestas religiosas de la Semana Mayor.

El presidente ha dicho que no tiene prisa por convocar a Consejo a sus compañeros, y ello es que esto excluye toda posibilidad de una crisis inmediata.

Las crisis—decía—hasta ahora se han hecho cuando las han solicitado el presidente o algún ministro; pero no cuando las pide la galería. A mí me agrada dar satisfacción a las reclamaciones de la opinión; pero en el momento actual no creo que sea obligado acceder a la solicitud de la crisis.

Como no hay de qué hablar ni en qué fundar la crisis—sigue hablando el conde de Romanones—, se ha apelado a la falta de salud del Sr. Ruiz Jiménez, y precisamente, después de su última indisposición, ha quedado más fuerte que nunca.

No conozco hombre de más fortaleza moral que el ministro de la Gobernación!

Quizás el presidente hubiera continuado esparciendo su espíritu con frases de elogio al Gobierno, y a sus ministros para robustecer entre los que le escuchaban la creencia de que no existe el más leve motivo para plantear una crisis en estos momentos, y mucho menos para resolverla con una fórmula en la que no entrara el elemento Romanones; pero un periodista le ha interrumpido para fundamentar los rumores de la crisis.

Este periodista ha aludido a un distinguido compañero, que fue el primero en hablar de complicaciones ministeriales, para advertir que si se ha dado crédito a la especie ha sido porque quien tuvo la iniciativa de lanzarla a la publicidad es persona muy bien relacionada con el Gobierno, y singularmente con alguno de sus más importantes miembros.

El conde de Romanones, comprendiendo a quien se aludía, ha pronunciado las siguientes palabras:

—Ese señor es un escritor brillante, que necesita llenar dos columnas todos los días y ha de escribir muchas cosas.

Como en política hay que ser algo hermético, los que leen las palabras del presidente del Consejo se echarán a calcular su significado.

¿Es que ese escritor no sabe cómo piensa el presidente? ¿Es que el presidente no piensa como otros de los inspiradores del escritor? En esto de las interpretaciones hay ancho campo, para todos los gustos.

Ya se sabe que las crisis no se hacen públicas hasta que se han planteado.

ALAMANIA Y LOS ESTADOS UNIDOS

DE LA

DECLARACION DE GUERRA

LONDRES 7 (7.35 m.) Ya hemos dicho que por 82 votos contra 5 se aprobó el Senado yanqui la resolución favorable a la guerra.

Los seis votos en contra fueron de los republicanos La Follette, Norris y Gronna y de los demócratas Stone, Vardman y Gorman.

Por despachos de Washington se conocen algunos detalles del debate a que la proposición dio lugar.

Los representantes de algunas circunscripciones donde habitan numerosos germano-americanos habían resultado haber obstruido en la Cámara al voto favorable a la guerra contra Alemania.

Era el más significativo de esos obstruccionistas Copper, miembro de la Comisión de Negocios Extranjeros, quien sostuvo que los Estados Unidos no tenían suficientes motivos para ir a la guerra.

Britel, que el día de Illinois, defendió una enmienda, para que a Europa no pudieran ir tropas norteamericanas sin aprobación del Congreso, enmienda que alcanzó cinco votos. Britel terminó así su discurso: «La mayoría de vosotros no votaría la resolución si no os dejaseis influir por el frenesí popular.»

«Nuestro país—dijo—no está invadido ni han sido hollados nuestros derechos. Se nos pide que hagamos causa común con Francia e Inglaterra. ¿Estamos seguros de que el verdadero motivo de la resolución sea el atentado contra la vida de los compatriotas nuestros y no la destrucción de mercancías norteamericanas?»

Los exhortos a varias interrupciones, entre ellas la del republicano Stetzel, que afirmó que votaría a favor de la resolución, aunque le han amenazado con impedir que sea reelegido.

El diputado Miller dijo tener noticias de que tres goletas alemanas han desembarcado tropas en la costa occidental de México y que oficiales germanos instruyen a los mexicanos, incluso a los rebeldes de Villa.

Añadió que existen motivos para dar crédito a tales informes.

Foss, del Illinois, aseguró que la guerra estaba justificada y que a tomar parte en ella estaban decididos todos los buenos ciudadanos, incluso los de origen alemán.

tivos, para que los Estados Unidos dispongan de un millón de soldados.

Según informes del correspondiente del Petit Parisien en Washington, el Ministerio de la Guerra elabora planes para aumentar hasta 1.240.000 hombres el Ejército norteamericano, hasta 440.000 soldados los de la Guardia Nacional y hasta 500.000 el Ejército territorial.

El Consejo de Defensa Nacional ha elaborado planes para la constitución de un Comité comercial y económico que defienda los intereses mercantiles del país y distribuya recursos entre los ciudadanos.

Discurríense varias formas para prestar auxilio financiero a Francia y Rusia, y aunque nada se ha hecho público todavía, creese que se han acordado adquisiciones por valor de 500 millones de dólares en cada uno de ambos países.

Al salir Roosevelt de la Casa Blanca, donde había ido a felicitar a Wilson, manifestó que el Mensaje del Presidente puede considerarse como uno de los más admirables documentos de que pueden vanagloriarse los norteamericanos.

«Ahora es necesario—continuó—que América se dé cuenta de que tiene que obrar con tanta energía como rapidez. Sin perder momento hay que enviar tropas a la línea de fuego, y espero que se me autorice para formar una división y marchar al frente sin retraso.»

Según informes de la Agencia Radio, no obtendrá Roosevelt el permiso que pretende mientras no se le conceda el Congreso.

Han sido movilizadas 12.000 policías, a quienes se instruye en el manejo del cañón. Vega.

Los buques embargados.

LONDRES 7 (8.40 m.) Participan de Washington, con relación al embargo de los vapores alemanes, que las tripulaciones son consideradas como reservistas alemanes en territorio alemán.

Se delibera respecto a la futura acción, relativa a la flota mercante alemana, la cual suelta los buques.

Se dice que hay dos métodos para elegir. Que el Gobierno embargue los navíos para utilizarlos pagando al fin de la guerra o que los confiscase sin violar los términos del Tratado de 1828.

Varios oficiales se oponen a la confiscación, a menos que se tome esta determinación para compensar todo buque americano destruido por las tripulaciones, por orden del Gobierno alemán, en el momento de la ruptura de relaciones diplomáticas.—Vega.

El servicio obligatorio.

PARIS 7 (8 m.) Dicen de Nueva York que el proyecto de servicio militar obligatorio será presentado al Congreso muy pronto.

Comprenderá a todos los hombres de diez y ocho a veinticuatro años, los que supone un contingente de tres millones de hombres útiles.—Delavigne.

La actitud del Brasil.

PARIS 7 (8 m.) Dicen de Río de Janeiro que al recibir el Mensaje del Presidente Wilson, el ministro de Negocios Extranjeros ha celebrado una larga conferencia con el presidente de la República, telegrafizando después a todas las Legaciones brasileñas, cerca de las Repúblicas latinas, para que intenten averiguar las intenciones de los Gobiernos frente al estado de guerra de los Estados Unidos con Alemania.

El torpedero de la Perona ha causado una profunda impresión en todo el Brasil. Los periódicos de Buenos Aires dicen que es imposible que la América latina quede por más tiempo en la neutralidad.

Los periódicos de Chile dicen que el país rompa con Alemania.

Es necesario, dicen, que todos los países se unan con los aliados para asegurar la paz y el respeto del Derecho internacional.—Delavigne.

Espías detenidos.

LONDRES 7 (8 m.) De Nueva York comunican que han sido detenidos allí el capitán Kleist y cuatro ingenieros alemanes que intentaban colocar bombas inflamables a bordo de algunos buques cargados de carne en conserva.

Serán sentenciados el próximo jueves.—Vega.

Oyendo a la Entente.

BERLIN 7 (8.10 m.) El Lokalezeitung, comentando la noticia de que los Estados Unidos han suministrado 500 cazabombarderos a la Entente, dice que el suministro ya es antiguo y que contra el elevó oportunamente la protesta Alemania.

El Gobierno de Viena rechazó la protesta, alegando que los barcos no eran de guerra, porque no iban armados.

Esto era exacto; pero los barcos estaban preparados de tal modo, que podían ser armados inmediatamente de salir de las aguas jurisdiccionales americanas. De modo que igualmente hubieran podido suministrarse cruceros acorazados si no llevaban a bordo cañones.

La declaración oficial y secuestro de buques.

LONDRES 7 (8 m.) El Presidente Wilson ha sancionado la resolución de las Cámaras y ha publicado una proclama declarando la guerra a Alemania.

Se ha decretado el secuestro de todos los buques alemanes refugiados en los puertos norteamericanos.—Vega.

WASHINGTON 7 (1 m.) La declaración de guerra a Alemania ha sido puesta ayer a la firma de Wilson.

Las autoridades norteamericanas capturaron 27 buques alemanes en el puerto de Nueva York. En el puerto de Baltimore se incautaron también de tres trasatlánticos.

Se han visto varios submarinos entre las islas Bermudas y Puerto Rico.—Radio.

OPOSICIONES A POLICIA

Esta mañana han continuado en la Escuela de Policía los exámenes de los opositores al Cuerpo de Vigilancia, habiendo sido aprobados los siguientes señores:

D. Francisco Cobo Fernández, 11 puntos; D. Vicente Agustín Mantén, 11; D. Juan Manuel Mauro López, 11, y D. Gonzalo Alburri Peral, 11,2.

POR TELEGRAMA

AGRESION COBARDE

DE LOS BIZCAITARRAS

Los liberales se preparan.

BILBAO 7 (8 m.) Al dirigirse, a las once de la noche, desde la Sociedad Bilbaína a su casa el presidente de la Diputación, D. Alvaro Eardi, un centenar de hombres, que se suponen nacionalistas, y que iban armados de estacas, le agredieron, causándole heridas en la cabeza, las manos y el cuerpo.

El agredido tuvo que ser curado en la Casa de Socorro, llevándosele luego a la Bilbaína, donde permanece en cama.

Han sido detenidos siete de los agresores.

Se atribuye la agresión a la convocatoria hecha para mañana, en cuyo acto se aseguraba declararse graves los actos de los diputados nacionalistas de Bilbao.

Esta agresión ha hecho crecer el odio contra el matonismo bizcaitarra.

Reunidos los liberales, se proponen tomar acuerdos que amen con tanta matonearía.—Elizondo.

AL HABLA CON GASSET

Lo que dice Ruiz Jiménez

LOS TRANSPORTES. EL CARBÓN Y LAS SUBSISTENCIAS. LA PREVIA CENSURA. DARA CIRCUNSCRITA TAN SOLO A UN ASUNTO. TRIGOS, HARINAS Y PAN. COMENTANDO EL MAL TIEMPO. OTRAS NOTICIAS.

Hoy al medio día el ministro de la Gobernación habló, como de costumbre, con los periodistas.

Uno de éstos, que no había visto al señor Ruiz Jiménez después de su enfermedad, le dijo:

—Vengo a felicitarle por su restablecimiento. Ahora—añadió—hace falta que también se restablezca la Prensa, que está enferma con eso de la previa censura.

El Gobierno, según el aludido periodista, provocó esa enfermedad para luego curarla como médico para darse tono.

El ministro, después de reírse de todas las anteriores manifestaciones, se expresó en estos términos:

—Dejen ustedes que corra el tiempo y ya se verá, cuando se pueda hablar, cómo todas esas medidas tuvieron justificación.

Dijo luego el Sr. Ruiz Jiménez que había llegado más tarde que de ordinario a su despacho porque se entretuvo en el del Sr. Gasset, adonde acudí por serle más fácil, para tratar con el ministro de Fomento de los transportes, del carbón y de las subsistencias en general.

—Por lo que hace a la previa censura—si, que hablando el ministro—no sé, no quiero faltar al protocolo. La copia de la fórmula acabo de darsela a Luque. Por conducto de Moya, que fue quien llevó las negociaciones, ya se enterarán ustedes.

No voy a cometer la tontería de decirlo ahora, porque podría molestarle el presidente de la Asociación de la Prensa.

—Esta tarde—manifestó un compañero—celebrará una reunión los directores de los periódicos.

—Entonces—exclamó el ministro—nada, nada.

Poco se ha molestado a la Prensa con la previa censura. Ya saben los periódicos que yo soy un buen amigo de ellos.

En la nueva fórmula, aunque ya estoy hablando demasiado, se confía en la caballerosidad, prudencia, discreción y patriotismo de los periódicos.

Creo que con ella quedarán ustedes satisfechos. Ahora bien, hay que tener cuidado con el fiscal, que en uso de sus facultades puede denunciar aquellos escritos que estime de carácter delictivo.

Solamente se exigirá el envío de las gacetas, en las cuales se hable de determinación de cuestión, que aunque no lo ha dicho el ministro, es en lo que se refiere a lo internacional.

Es deseo del jefe del Gobierno que se aplique una Real orden que lleva su firma cuando desempeñaba la cartera de Gracia y Justicia, y yo la Subsecretaría de aquel departamento. La obra fue de los dos.

Se aplicará, pues, la citada disposición, y consiste que de la parte de acá, o sea del Gobierno, habrá la mayor diligencia. De la parte de ustedes conviene que también la haya. Así es que el primer número de un periódico, estando a las ocho, por ejemplo, no enviarlo a las ocho, a fin de que no se ocasiona perjuicio a las Empresas.

En resumen, lleven ustedes la impresión de que en este régimen excepcional, será para la Prensa normal, ordenado y corriente, para que no se lastimen los intereses de las ciudades.

Un compañero puso en su conocimiento que lo que pudiera concebirse pecaminoso, aunque no lo sea, como el fono y otra clase de trabajo, se hacen por la mañana y se insertan en la primera edición. Así es que hay tiempo de retirar para las restantes lo que a juicio del fiscal no pueda publicarse.

—Eso—repuso el ministro—es un argumento que me sirve de satisfacción, porque a decir verdad, ignoraba ese detalle.

Recordó otro compañero que la aludida Real orden determina que el fiscal, al observar materia delictiva en lo publicado por un periódico, lo denunciará ante el juez, y éste habrá de ponerlo en conocimiento de la Policía y de la Empresa para que retire a tiempo la parte denunciada.

—¿Qué hay de subsistencias?—le preguntó un periodista.

Ahora—repuso el ministro—acaba de llamarme por teléfono el gobernador civil de Madrid; creo que para informarme de que se han hecho los nombramientos de delegados que irán a los pueblos al objeto de proceder a la incautación de los trigos.

Se gastan en Madrid a diario 250 toneladas de trigo.

Se va ahora a la incautación de 3.000 más, y con ellas sólo habrá para quince días.

No hay que alarmarse por la falta de trigo, que no faltará, pero sí, tendré que subir la harina, y por consiguiente, el pan, cosa que no puede ser.

El Gobierno tratará de impedir la subida echando, como suele decirse, el resto.

La incautación está circunscrita a la provincia de Madrid. Después se irá a otras.

Se nos concedió, y digo esto porque a mí me afecta todo lo concerniente a la política de abastos, autorización para incautarnos de 200 toneladas, y para completar esta cifra faltan unas 3.000.

Se ha simplificado el Reglamento de la ley de Subsistencias, porque de lo contrario se emplearía en cumplir ciertos trámites algún tiempo, que no se puede desperdiciar.

El procedimiento lo ha encontrado el alcalde de Madrid, y por virtud de aquél los harineros compran directamente los trigos, que pagan en el acto y sin intervenir como comprador el Ayuntamiento.

De mediar éste en ese concepto se precisaría que se pagasen en el momento de su adquisición los trigos, tendrían que estar en depósito, y para la cantidad que importase la compra era necesario hacer un presupuesto extraordinario, en cuyos trámites se emplearían treinta días.

Eso mismo se pensaba hacer con la carne: comprar el ganado y pagarlo con el dinero de los mismos tablajeros.

A preguntas de un periodista dijo el señor Ruiz Jiménez que hoy no se celebraría Consejo de ministros, y que las noticias de todas partes acusan tranquilidad absoluta.

—Esta mañana—manifestó, por último, el ministro—he visto en su domicilio al señor presidente del Consejo, encontrando allí a los Sres. Gimeno, Alvarado y general Luque.

Anoche, cuando el conde de Romanones regresó de Miraflores, le visité para darle cuenta de todo lo que había. Me dijo que había pasado en la única un frío horrible.

De seguir este tiempo, se van a perder las cosechas; habrá, si, con Abril sin sol, mucha hierba y poco grano.

Un vecino de catorce meses—dijo un periodista—

—Eso es—contestó el ministro, dándose por terminada la conversación, para ponerse al habla por teléfono con el Sr. Roselló.

Después le visitaron, entre otros, los señores Codorniu y Ortega y Gasset.

LA VIDA EN PALACIO

Con S. M. el Rey ha despachado esta mañana a la hora de costumbre el jefe del Gobierno, y terminado el despacho, el Monarca, acompañado del Sr. Quiñones de León, salió del Regio Alcázar, dirigiéndose a la Casa de Campo.

En la capilla de Palacio se han celebrado esta mañana los oficios religiosos correspondientes al día de hoy, habiendo asistido a ellos toda la familia Real.

A las nueve y media de la mañana pasó por delante de Palacio el regimiento de Saboya, que ha sido repatriado.

En Capitan general Sr. Marina se situó frente al balcón principal con su Estado Mayor, y el regimiento desfiló en columna de honor a los acordes de la banda, siendo presenciado el desfile por el Monarca, que, acompañado de algunos jefes palatinos ocupaba el balcón central.

Los Infantes hijos de los Reyes se asomaron también a otros balcones.

El acto resultó muy lucido y fue presenciado por un público numeroso, que vitoreó al Ejército, tributando grandes ovaciones a los Reyes.

En Palacio han estado, visitando a los Reyes, SS. AA. los Infantes doña Isabel, doña Luisa y D. Carlos.

Ha estado en Palacio, con objeto de ofrecer sus respetos al Rey, el alcalde de Madrid, duque de Almodóvar del Valle.

S. M. el Rey visitará mañana a las nueve la iglesia de las Comendadoras de Santiago, donde presidirá el acto religioso que celebrará el Capítulo celebrará.

La capilla pública de mañana dará principio a la once en punto.

VIDA MILITAR

Reemplazo.—Pasa a esta situación el capitán de Caballería D. Clodoldo Píñal.

Vuelta a activo.—Se le concede al capitán de la Guardia civil D. Eduardo Dasca.

Ayudante.—Se nombra ayudante del campo del general de brigada D. Ricardo Guzmán al comandante de Estado Mayor don Luis Villanueva.

Residencia.—Se autoriza para fijarla en Robledo de Chavela, en situación de cuartel, al general de división D. Miguel Primo de Rivera.

Las enseñanzas de la guerra

VIAJES DE INSTRUCCION

Cuando España se hallaba en el período evolutivo de su capacidad militar, cuando se preparaba dentro de sus estrechos límites a una reconstitución metódica y estudiada, surgió la actual conflagración, que prendiendo en las cinco partes del mundo, de los frentes de batalla, de los frentes de guerra, y hasta la psicología de las luchas entre las naciones.

No se luchan sólo los profesionales, ensayados bajo métodos estudiados. Ya el

